

jase sitio á los remeros de debajo, reservándose aquella parte á las municiones y provisiones.

Para fabricar una trireme se prolongaba el puente en toda la longitud de la galera, y hacia popa se formaba una cubierta mas alta; adquiriendo con esto el nombre de *constrata* ó *cataphracta*. Los talamitos estaban abajo, pero cubiertos; los tranitos en la cubierta mas elevada; los rigitos en el resto del puente hasta la proa: así se encontraban directamente sobre los talamitos, y en punto inferior á los tranitos, descubiertos como estos, y por lo mismo armados para combatir.

Los dromones mayores del emperador Leon eran verdaderas triremes, que él distingue de los medianos, que no eran mas que biremes. En estos pone cien remeros, divididos entre los bancos inferiores y superiores; en los grandes « se podrán poner doscientos y aun mas, cinco cuenta para los bancos de abajo y ciento cinco cuenta para los de arriba, todos armados. » De donde se infiere que el órden bajo no podia ocupar toda la longitud de la galera, sino solo la mitad, como en las biremes. Ciento cincuenta hombres deja para los órdenes superiores: segun la disposicion de estos debía bastar con cien remeros; pero comprendia en este número los que no llevaban mas objeto que el de combatir y los que se requerian para las velas.

Esto es (dice el autor) claro, sencillo, conforme á las proporciones naturales de los buques de que se trata. El apoyo de los remos mas bajos estaba dos y medio ó tres piés sobre el agua, elevacion que debía disminuirse cuando un barco tuviera el puente, y por lo tanto pesára mas. Sean, pues, dos piés: las bocas de la fila de los zigitos debian estar cuatro piés y medio mas arriba, y las de los tranitos dos ó tres mas que las de los zigitos; en todo ocho piés y medio para la cubierta, y seis y medio para el resto del puente. Agréguese un pié de bordo, encima de las bocas (*toiletts*) de la fila superior, y se tendrán nueve piés y medio, como la mayor altura hacia popa, y siete y medio hacia proa.

Pero ¿de qué manera se prueba que los talamitos estuviesen bajo cubierta? Los antiguos no hacen mencion de los zigitos ó remeros del medio, y parecen designar dos clases solas de remos, los de abajo muy cortos, los altos muy largos y que fatigaban mas. Tucídides describe claramente estos dos órdenes, sin nombrarlos: Polibio cita el piso de los tranitos: Arriano dice que la escuadra con que Alejandro bajó el Hidáspes se componia de ochenta galeras de treinta remos; y poco despues añade, que á las de dos órdenes se les rompió el inferior pasando por el punto donde confluyen el Hidáspes y el Acesine, á causa de no haber podido retirar los remos.

El órden de los zigitos y el de los tranitos se confundia á menudo, como si formase uno solo, estando todos sobre cubierta; con los talamitos no habia comunicacion. En Apiano se

lee, que habiéndose roto una galera á flor de agua, el mar penetró con tal ímpetu en el departamento de los talamitos, que todos perecieron, mientras que los remeros superiores, advertidos á tiempo, lograron salvarse. Como en un combate se prendiese fuego al piso superior, este ardía y los de abajo lo ignoraban; lo cual prueba que los talamitos estaban encerrados bajo el puente.

La trireme era el verdadero buque de guerra en su perfeccion. Los casos en que se pasaba de ahí procedian de ciertos incrementos que se juzgaban útiles, y Vegocio indica la facilidad de reducir una trireme á cuadrirreme ó quinquereme.

Para reducir una galera á cuadrirreme, creo se daba al puente una elevacion tal que permitiera prolongar abajo los bancos de los zigitos. Esta parte del puente estaba dos ó tres piés sobre la otra; bastaba aumentarle á cuatro y medio ó cinco; operacion fácil, con la cual las galeras parecian tener cuatro órdenes de remeros. Para hacerla quinquereme, se formaban tres órdenes entre el palo y la popa, y dos hacia la proa. Para las de seis órdenes, se elevaban tres, uno sobre otro en la proa, y otros tantos en la popa, un poco mas altos que los primeros. Para la setirreme se dividia el puente en tres partes: en la que estaba hacia proa habia dos filas de remos, en la del medio tres y dos en la de popa: la parte média dominaba la de proa y era dominada por la de popa.

Prolongando un órden inferior hacia popa, se formaba una octirreme; en la novirreme cada parte tenia tres filas. Calcúlese la altura de cada piso en cuatro piés y ocho pulgadas, y resultarán catorce piés de obra muerta á proa, y diez y ocho á popa; elevacion que no es extraordinaria y para la cual bastaban remos de cuarenta piés. Indudablemente debian ser difíciles de manejar; por lo cual se dedicaban á cada uno muchos hombres, en razon de la longitud; dos en el segundo piso, y á lo ménos tres en el tercero á proa, y cuatro á popa. Este uso hubo de olvidarse en la edad média, pues que se atribuye á Andres Doria el mérito de haber aplicado por la primera vez cuatro hombres á cada remo: los Franceses añadieron el quinto, y así se conservó.

Siendo las triremes el verdadero buque de guerra, á ellas se aludia cuando se hablaba de naves con el puente; en otro caso se indicaban con el nombre particular. El autor cree que nunca se pasó de los tres pisos, y que las demas denominaciones aludian á disposiciones particulares. Si se reflexiona que en el segundo y tercer órden se ponian muchos hombres por remo, y que en las naves de extraordinario tamaño se debian poner tambien muchos en el primero, no sorprenderá que la galera de Tolomeo Filopator, de cuarenta órdenes, tuviese cuatro mil remeros (1).

(1) Véase JAL, *Archeologie, navale*, Paris 1840, 2 tomos. Obra de mucha importancia; pero el no sabe de qué modo ex-

En el exámen de la táctica naval antigua conviene no olvidar dos cosas: 1º que no dependia tanto de los vientos como la moderna, siendo las triremes movidas mas por los remos que por el viento; 2º que los buques combatian uno contra uno y de muy cerca, de modo que las evoluciones no podian ser ni tan variadas ni tan decisivas como cuando se maniobra á lo ancho y durante la pelea. No obstante, los combates navales tenian tal importancia que decidieron de las guerras mas á menudo que en los tiempos modernos, y eran mucho mas sangrientos que los nuestros.

§ 29. ADMINISTRACION DE LOS EJÉRCITOS ANTIGUOS.

Los ejércitos no son únicamente máquinas de guerra, sino que se componen de hombres como los demas, y que no están mas obligados que los demas á padecimientos superiores á lo que permite su condicion. Deben, pues, ser mandados como masas destinadas á operaciones especiales, y gobernados como sociedades ambulantes; de modo que no es perfecto capitan el que no sepa al mismo tiempo mandar y gobernar.

Se llama administracion la actuacion del gobierno con objeto de satisfacer las necesidades; y el ejército la necesita tanto mas cuanto que está privado de la familia, instrumento tan conducente para facilitar el buen órden de las ciudades.

De la administracion de los ejércitos antiguos no podemos formarnos conveniente idea, pues Jenofonte, César y Amiano hablaron poquísimo ó nada. En los ejércitos romanos hallamos mencionado el *questor*, que corresponde á nuestros empleados de administracion militar; pero de hospitales no se habla una palabra. Jenofonte

plicar las naves, cuando hay varias órdenes de naves, ni conoce la hipótesis de Melville que muchos tienen en gran estima. Poco tiempo despues, Boeck imprimió *Urkunden über des Sceewesen des Allischen Staates*, valiéndose de muchas inscripciones que han sido descubiertas en estos últimos tiempos.

Pueden igualmente verse:

SCHAEFER, *De militia navali*. Upsal, 1634.

BERGHAUS, *Gesch. der Schifffahrtskunde der vornehmsten Völker des Alterthums*.

BENEDICT, *Gesch. der Schifffahrt und des Handels* etc. Allen.

HAVELL, *On the war-galleys of the ancients*.

Napoleon III quiso hacer construir una trireme en el astillero de Asnières, que fué botada al agua en el mes de mayo de 1861. Tiene 40 metros de largo, 5.30 de ancho y 4.10 de inmersión. Tiene 63 remos á cada banda, dispuestos en tres pisos, y cada uno tiene un hombre para tirarlo. El piso inferior está bajo de un puente cubierto, como lo dice el nombre de *talamitos* (*τάλαμος*, cámara cubierta) que nos viene de los antiguos: las otras dos están al aire libre, y los remos del órden mas elevado pasan por detras de la cabeza de los del segundo, de donde les viene el nombre de *zigitos* (*ζυγος*, yugo, como si dijera: bajo el yugo) que se ha dado á estos, como el nombre *tranitos* (*de τρῶνος*, trono) á los que están mas altos. Dos timones de costado están puestos al modo que se ve en los monumentos antiguos. La popa está armada á la lumbre del agua por la roda, espolon tridente, para abrir los barcos enemigos.

(Nota de 1863.)

en el *Anabasis*, despues de describir el paso por la primera cadena de los montes Carducos, dice: « Habiendo llegado á la aldea, se situaron allí ocho cirujanos, pues habia muchos heridos; nos detuvimos tres dias, habiendo encontrado muchos víveres, reunidos para las provisiones del gobierno. » Cuando llegaron luego á Trebisonda « embarcaron las mujeres, los enfermos, los mayores de cuarenta años, el bagaje inútil. » Ninguna otra indicacion de enfermos ni de médicos se encuentra en aquella relacion tan circunstanciada.

Arriano describe la vuelta del ejército de Alejandro al traves de los desiertos de la Gedrosia, y los apuros que debieron sufrir: « Los soldados mataban las acémilas, haciendo correr la voz de que habian muerto de fatiga... Se abandonaban en los caminos los enfermos y las personas que no podian seguir al ejército... Quebrantado el ejército por enfermedades, fatigas, calor, sed, los enfermos en gran cantidad cubrian los caminos, mientras que el ejército continuaba avanzando rápidamente. » Sin embargo, en casos análogos nuestros ejércitos han tenido que recurrir á la misma crueldad; pero si en tiempos ordinarios se hubiesen usado hospitales, el autor lo habria indicado, á lo ménos para justificar la conducta que ha habido que seguir en nuestros dias (1).

Aunque Polibio se propone como primer deber explicar los acontecimientos y analizar los órdenes políticos y morales de los guerreros, las costumbres y las inclinaciones, no hallamos en él ninguna alusion á hospitales. Por ejemplo, en la marcha de Anibal al traves de los Alpes, dice que despues de haberlos pasado, « acampó á las faldas, para que el ejército, debilitado por las fatigas y las enfermedades, se repusiese; y por la falta de los víveres y la suciedad de los cuerpos, muchos espontáneamente olvidaban la salud en aquella penuria y en medio de tantas fatigas... Anibal puso especial cuidado en que los hombres recobrasen su valor y el vigor de su cuerpo. » En toda aquella guerra, en que tantas marchas se hicieron por Italia, jamas se indican hospitales, ni se dice qué suerte cabia á los que quedaban atras por enfermos. Despues, al describir á los oficiales de la legion, no habla de ningun médico militar; ni en el campamento hay asignado puesto para el hospital, no obstante haberlo para las ganados, carros, etc.

César, cuando describe la sublevacion de los Galos que degollaron al ejército romano, recuerda á los mercaderes, al intendente de los víveres; pero no dice una palabra de los enfermos. Amiano Marcelino al referir la retirada de Juliano el Apóstata de la Persia, donde él mismo militaba, habla de la disolucion del ejército despues de quemadas las naves; pero nada dice de los enfermos, que en aquella ocasion debian ser el mayor obstáculo de un ejército, cuyos padecimientos hace resaltar.

(2) Véase un discurso de Blanch en la *Antologia militar*.

¿Debemos admitir semejante silencio como una prueba de que no había hospitales? Esto es más fácil de creer, reflexionando que ni aun las ciudades se hallaban provistas de ellos. Pero si se abandonaban a la suerte los heridos propios, ¿qué se haría con los de los vencidos? ¿qué con los prisioneros? ¿qué con todo el pueblo conquistado? La sola falta de tal institución nos revela una serie infinita de padecimientos.

Añadamos las investigaciones de Dureau de la Malle sobre la paga de las tropas antiguas.

« La medida diaria del pré militar, y los cambios que sucesivamente ha sufrido, son hechos suficientemente notorios, y sobre los cuales podrían recogerse muchísimos testimonios. Por otra parte, siendo el mismo pré enunciado de varios modos por los autores coetáneos, esta variedad de expresiones para indicar el mismo valor presenta un medio nuevo de asegurar la proporción entre las monedas de metales distintos. Al cabo el pré del soldado es el pago más uniforme y menos variable de todos, supuesto que el que lo recibe no es libre de discutirlo, y el gobierno, que lo da, tiene siempre un motivo muy grande para no aumentar este considerable capítulo de deuda pública. Por consiguiente, puede el pré de los soldados ser considerado como el elemento menos incierto, sobre el cual se calcula el precio medio de los víveres, esto es, la relación entre los géneros de consumo general, y el valor real de la moneda que circula.

En las primeras épocas de la Grecia, ningún sueldo recibían las tropas; quien introdujo el uso de pagar a los ciudadanos que llevaban las armas, fué Pericles. Según Boeck (1), se daba el sueldo bajo dos nombres: salario por el servicio *μισθος*, y podía el soldado economizarlo, salvo la parte que gastaba para las armas y el vestir; y después los alimentos *στρωγ*, que rara vez se daban en género. El pago se hacía a la vez así para el sueldo como para los alimentos.

El sueldo de un hoplite jamás fué de menos de dos óbolos por día, y otro tanto para la manutención. Tal era la costumbre en tiempo de Demóstenes, pues él cuenta 10 dracmas mensuales para la manutención de los hoplites, y 30 para los soldados de a caballo. Por consiguiente, el hoplite recibía en todo 4 óbolos por día: de donde provino el que la vida del soldado se llamara proverbialmente la vida de 4 óbolos (2). Muy a menudo fué más subido el pré; al principio de la guerra del Peloponeso, cada uno de los hoplites que estaban sitiando a Potidea recibía dos dracmas por día, una para sí, y otra para su asistente (3).

En Aristófanes vemos (4) que algunos Tracios piden dos dracmas por día, incluso en ellas

(1) *Economía política de los Atenienses*, t. I, p. 444.
(2) *τετραβολουστως*, Eustaquio en la *Odisea*, página 1403; en la *Iliada*, p. 951.
(3) Tucídides, III, 47.
(4) *Acharn.* pág. 458. Esta comedia es de la Olimpiada LXXXVIII, 3.

los alimentos. Todo el ejército de Sicilia recibió la paga de una dragma (0,92) por día (1), esto es, 3 óbolos por el sueldo y otro tanto por los alimentos. Esto recibían los arqueros que formaban la guardia de Atenas (2). Ciro el joven dió al principio un dárico de oro por mes, después uno y medio a los soldados griegos (3), que en plata era un valor nominal de 20, y después de 30 dracmas; pero era mayor en realidad, supuesto que en esto al oro no se le da más estimación que el doble de la plata.

Xéutes daba (4) un cisiceno por mes, el doble a los locagos, y el cuádruplo a los generales. Timbron se comprometió a pagar bajo este pré; lo mismo que Xéutes, él daba un dárico por mes a cada soldado (5).

Después de la destrucción de Mantinea, las ciudades aliadas de los Espartanos dieron dinero en vez de tropas, a razón de tres óbolos de Egina, ó cinco óbolos áticos por cada soldado de a pié, y doce por cada soldado de a caballo (6). Se estipuló la misma suma únicamente para alimentos (*στρωγ*) del soldado de a pié, durante la guerra del Peloponeso; pero el soldado de a caballo no tuvo más que diez óbolos (7).

Se echa de ver el diferente modo con que eran tratados los soldados de a caballo y los de a pié, supuesto que los unos tenían unas veces el doble, otras el triple y el cuádruplo de los otros: generalmente Atenas daba el triple (8). Y esta relación existía igualmente entre los Romanos (9).

El sueldo de las tropas de mar en Grecia era con corta diferencia igual al de los soldados de infantería. Sobre este punto pueden consultarse Barthelemy y Boeck (10).

Prueban todos estos datos que la potencia del cambio de los metales, relativamente al servicio militar, al trabajo y a la manutención, fué mucho menor de lo que se había creído hasta ahora. Por ejemplo, los tres óbolos (0,45), fijados para los alimentos del hoplite, son todavía, con una latitud de cerca 0,04, el precio establecido para la manutención del albañil, del carpintero, etc., en las dos terceras partes de los departamentos de Francia. Los obreros manobras, los carpinteros reciben franco y medio por día sin la comida; uno con la comida, y la diferencia está admitida de común acuerdo como una estimación equitativa. En cuanto al pré, mayor durante la guerra del Peloponeso, menor en tiempo de Filipo, por lo crecido que era el número de los mercenarios y aventureros, se mantuvo estacionario en Roma por el espacio de dos siglos, tuvo incremento en tiempo de Julio Cesar, y después,

(1) Tucídides, VII, 27.
(2) Boeck, t. I, p. 343.
(3) Jenofonte, *Anab.* 1, 3, 21, y Weisk.
(4) *Ibid.* VII, II, 36; VII, 6, 1.
(5) *Ibid.* VII, 6, 1.
(6) Jenofonte, *Hellen.* V, II, 21.
(7) Tucídides, V, 47.
(8) Demóstenes, *Filip.* I, p. 47.
(9) Justo, *Lipsio, Milit. rom.* V, 16.
(10) T. I, p. 447 a 468.

en tiempo de Domiciano, y también en el Bajo Imperio. Sigámoslo en estas diferentes fases.

Prueba un pasaje de Plauto (1) que, antes del año 536 de Roma, el pré del soldado de infantería era de tres ases por día, número redondo que seguramente él da en vez de tres ases y un tercio, que debe ser el verdadero (2), y que pondría el pré a 100 ases mensuales. Este es el testimonio positivo y más antiguo que tengamos. El septecista Niebuhr, no obstante los testigos que dicen lo contrario, es de parecer que se estableció el pré mucho tiempo antes de la guerra de Veies; que fué de 3 ases $\frac{1}{3}$ como en los tiempos de Plauto y Polibio, y lo habría elevado el último Tarquinio a la *εισπορη* de 10 dracmas. Ninguna prueba aduce de todas estas conjeturas.

Letronne (3) prueba que, no obstante las sucesivas bajas del as, primero a una onza, y luego a media onza, la paga del soldado siempre fué de una tercera parte de *denarius* por día.

Polibio, que escribió su historia en la primera mitad del siglo VII de Roma, unos treinta ó cuarenta años antes de la ley Papiria y la baja del as a media onza, nos dice que la paga diaria del soldado romano todavía era de 5 ases de a 16 por dinero, ó un tercio de *denarius* (4); por haber él, según su costumbre, descuidado el quebrado de $\frac{1}{16}$. Julio César, dice Suetonio (5), dobló la paga para siempre: *legionibus in perpetuum stipendium duplicavit*. Si antes del dictador era de 5 ases, él debió llevarla a 10; y efectivamente hallamos en Tácito (6) que, al morir Augusto, la paga del soldado de infantería era de 10 ases ó $\frac{1}{8}$ de dinero.

Con el aumento de una cuarta parte mandado por Domiciano (7) fué elevada a 13 $\frac{1}{2}$ ases, ó $\frac{1}{6}$ de dinero por día, lo cual hace 25 *denarius* por mes.

Este aumento de la paga de legionarios provino de muchas causas, como la desestimación del signo monetario, en razón de su grande abundancia; la decadencia de la agricultura y la disminución de la población libre, los acontecimientos políticos que hicieron más ó menos necesario el oficio del soldado. Hamberger (8) dice que, después de la muerte de Augusto, nada más ha hallado relativamente a la paga del soldado: *de inferioris ætatis stipendiis nihil nobis occurrit*. Este sabio alemán, contra lo que acostumbran hacer sus paisanos, muy mal desempeñó sus investigaciones; pues independientemente del precio del sueldo en tiempo de Domiciano, que se ve en Suetonio y Zonara, en la historia de Augusto se tienen ciertos cómputos

(1) *Mostell.* II, I, 40. Véase Lebeau, *Mem. de la Academia de Inscripciones*, t. XLI, p. 146.
(2) Boeck, *Metrologischen Untersuchungen*, p. 426; y Niebuhr, *Historia romana*, t. IV, p. 175 y 176.
(3) *Consideraciones generales*, p. 28.
(4) VI, XXXIX, 12 y Schweigh.
(5) *In Cesare*, c. 26.
(6) *Ann.* I, 17. *Denis in diem assibus vitam æstimari*.
(7) Zonara, *ann.* XI, 19, p. 580; Suetonio, *in Domit.* c. 7.
(8) *De stipendiis milit.* p. 30 y 31, § 11.

tos sobre la prestación en víveres, el *obsonium* de los Griegos, que era la mitad del sueldo total.

El código Teodosiano presenta también algunos documentos sobre los premios de alistamiento, el precio de los quintos y los sustitutos militares.

Lo que nos cuentan Trebelio, Polion y Vopisco nos hace ver, como una ley de los emperadores Valentiniano, Valente y Graciano (1), que este salario en víveres era fijado unas veces por día, y otras veces por año. Véase aquí la prestación en víveres que Valeriano (2) ofrece, por año, de su erario particular a Claudio, mero tribuno: trigo, 3,000 *modius*; cebada, 6,000 *modius*; 2,000 libras de tocino; 3,500 *sextarius* de vino añejo; 150 de buen aceite, 600 de aceite de segunda calidad, y por día 1,000 libras de leña, y cuatro hornillos para guisar.

El mismo emperador asigna al tribuno Probo, por día: 6 libras de carne de tocino; 10 libras de carne de cabra; un pollo (3) cada dos días; 10 *sextarius* de vino añejo, y además buey seco, sal, legumbres y leña en cantidad suficiente (4).

El mismo Valeriano asigna a Aureliano, comandante en Roma con el título de *dux*, 16 panes blancos militares, 40 panes de munición (*panes castrenses*), medio lechón, 2 gallinas, 30 libras de tocino, 40 de buey, un sextario de aceite primoroso, otro de segunda calidad, 1 sextario de jugo (*liquaminis*), legumbres y yerbas en suficiente cantidad, y para su gasto personal (*ipsi autem ad sumptus*) 2 aureos antonianos por día, esto es, unos 50 francos (5).

Nada he hallado tocante a la paga del mero soldado; pero si continuaba aun, en la mitad del siglo III, la costumbre de la República y del Alto Imperio, que solo daba a los tribunos, por sueldo y repartición de botín, el cuádruplo de la porción que tocaba al mero legionario, se ve que este sueldo, comprendidos víveres y dinero habría tenido mucho aumento después de Domiciano.

El aumento del lujo y la molice, la decadencia del espíritu militar entre los Romanos, los adelantos del Cristianismo, los honores tributados al celibato y a la vida anacóretica ó claustral, por fin el pobre éxito de las guerras contra los Bárbaros del Norte y del Oriente, debían volver al militar fastidioso a los ciudadanos romanos que ya eran mucho menos belicosos, y hacer subir mucho el precio de los reemplazos y alistamientos voluntarios.

Una ley del año 375 de los emperadores Valentiniano, Valente y Graciano (6) fija el valor

(1) *Cód. Teod.* VII, VI, 17, *de orig. milit.*
(2) TREBELIO POLION, *in Claudio*, c. 14.
(3) Un pollo valía 60 dineros de cobre, iguales a fr. 1.50, en el edicto de Diocleciano, del año 301; por consiguiente en una época muy próxima a los reinados de Valeriano, Aureliano, Probo y Claudio el Godo.
(4) VOPISCO, *in Probo*, c. 4.
(5) El mismo, *in Aurel.* c. 9.
(6) *Cód. Teod., De tiranibus*, VII, 13, 7.

del quinto á 36 sueldos de oro, y además 6 sueldos de oro para el vestuario del recluta. Este precio cambia según las circunstancias; y unas veces es de 25 (1), y otras de 30 (2) sueldos de oro, sin contar la suma que se tenía que añadir para viveres, pequeños gastos y vestuario.

Por fin el historiador Sócrates (3) afirma que el mismo Valente fijó el precio de los reclutas, de la estatura y las condiciones requeridas para el servicio á 80 *aureos* para siempre.

Así, pues, aun prescindiendo de los exagerados precios en los desastrosos siglos IV y V, se echó de ver que en Grecia la medida media de la paga de un soldado de infantería, comprendidos los alimentos, era cuando menos 4 óbolos (0,61); en Roma después de César, era $\frac{1}{8}$ de dinero, ó 70 centésimos, en tiempo de Domiciano 83, y el triple y el cuádruplo para el soldado de caballería. Cotejemos estos precios con los de Francia.

Calculaba el emperador Napoleón que, tomando la base más ancha, 500,000 hombres bajo el pie de guerra, artillería, ingenieros, caballería, viveres, municiones, trenes y hospitales ambulantes, contado todo, le costaban más de 500 millones (4), ó sea, en término medio, 1,000 francos anuales por cada hombre.

El presupuesto de la guerra para el año 1839 solo lleva, para 348,000 hombres, 263 millones (5); pero era un presupuesto de tiempo de paz.

Así, pues, en el día el ejército cuesta menos de lo que costaba en Grecia y en Asia, desde el siglo de Pericles hasta el de Alejandro, y de lo que costaba en el Imperio romano desde César hasta Justiniano; aunque sea menester añadir al sueldo de la infantería y caballería griega y romana el gasto de transportes de máquinas, trenes de sitio, etc., cuya cifra no nos han transmitido los autores griegos y romanos. »

§ 30. CAMBIOS INTRODUCIDOS EN LA LEGION.

Desde la época de los reyes hasta Mario varió poco la legion para acomodarse á las circunstancias; pero después de la guerra con Pirro, se introdujo alguna modificación. En la batalla de Túnez, Régulo dispuso, no en cuadros, sino uno detrás del otro, los manípulos de *astados*, príncipes y triarios, para dar paso á los elefantes lanzados contra ellos por los Cartagineses; pero no habiendo dejado suficientes intervalos, creció la confusión y fué derrotado. Parece que no fué otro el motivo de la derrota de Cárnas. Al contrario, Escipión en Zama dispuso el ejército del

(1) *Ibid.*, inf. I, 13.

(2) *Leg. 20 inf.*, et nob. *Valent.* 1, 40, inter *Theod.* Véase Godofredo. *Comment.*, in h. l.

(3) *Lib. IV*, c. 18 ó 33.

(4) El gasto anual de un soldado de infantería se calcula en Francia que es de fr. 334.62, ó bien, cent. 92 por día. Véase la *Revue des Deux Mondes*, t. XIX, p. 354.

(5) Véase el *Moniteur*, y las sesiones de la Cámara de los Diputados, desde el 6 hasta el 8 de junio de 1838.

mismo modo; pero dejando anchos intervalos entre las líneas perpendiculares, de modo que los elefantes pasaron, y en seguida los soldados cerraron las filas y vencieron. Igual conducta se observaba con los carros armados, á que resistían los Griegos estrechándose y presentando una selva de picas. Contra los Partos, que no combatían por impulso sino por la fuerza individual de su caballería, era preciso variar los métodos, y á tal disposición se atribuyen la derrota de Craso y las victorias de Antonio, Trajano y Adriano.

Fundándose la organización del ejército en las instituciones civiles, la alteración de estas se sintió en aquel. Primeramente Mario alistó á ricos y pobres, admitiendo hasta la sexta clase, de manera que la carrera militar no tuvo ya por norte el honor y el deber, ni fué el camino necesario para llegar á las magistraturas: no hubo más distinción que la fuerza corporal y la estatura, ni se consideró la riqueza como prenda de fidelidad militar. Perecieron de este modo las antiguas distinciones entre los cuerpos.

Al combatir contra los Cimbrós y los Teutones, que peleaban cuerpo á cuerpo con hacha y sable, hubo que estrechar los manípulos para presentar un frente compacto: se incorporaron, pues, los manípulos de *astados*, príncipes y triarios, formando la cohorte de seis centurias, y cada diez constituían la legion. Quitadas las divisiones lineales, los tres manípulos fueron colocados en el frente mismo, y cada línea quedó formada de cohortes enteras; los veteranos no estuvieron ya á la cola, sino á la cabeza; toda la infantería pesada se armó del pila, y se incorporaron con ella los velites, dejando el oficio de infantes ligeros á distintas naciones súbditas, como Moros, Cretenses, Baleares, etc.

Si bien subsistieron los mismos nombres para los oficiales, los tribunos no tuvieron ya el mando directo de la legion, sino el primipilo ó primer centurion, cada uno de los cuales mandaba la cabeza de las centurias, y nombraba un teniente elegido por él. El águila se confió al primipilo, colocándose juntamente con las demás insignias, en el centro de la profundidad de cada cohorte, y las filas que la precedieron se llamaban *antesignani*, y el puesto era de honor.

Las cohortes estaban á veinte pies de distancia, lo bastante para poder socorrer á los soldados armados á la ligera; de modo que ya había cesado la antigua costumbre de recibir á la primera fila derrotada en la segunda, y lo que se hacía era introducir las tropas frescas entre las filas. Con este nuevo método de cohortes vencieron Mario, Pompeyo, Sila y César.

§ 31. DECADENCIA DEL ARTE.

Augusto introdujo tropas permanentes, en veinticinco legiones perpétuas, que residían en las provincias fronterizas, de las cuales se re-

servó el gobierno. Decayó el espíritu militar que había formado su fuerza, cuando ciudadano y soldado fueron dos cosas distintas; y aun en aquellas legiones acuarteladas lejos de Roma se admitieron provinciales, mientras que despreciando los soldados las artes de la paz, se constituyeron dos estados diferentes, el civil y el militar. Sin otro sentimiento que la ganancia, llegaron á ser formidables para los mismos emperadores que los pagaban, y los hicieron y deshicieron á su antojo, multiplicando los obstáculos y la guerra civil. Tiberio se quejaba ya de la falta de voluntarios, y de que se sometían con dificultad á la disciplina. Caracalla, declarando ciudadanos á todos los súbditos, acabó con aquel pundonor que hacía á los legionarios superiores á las tropas auxiliares. En el reinado de Claudio II se vió á los Bárbaros entrar en las legiones romanas, y sin consideración los acogieron Probo, Constantino, Juliano y sus sucesores.

En tiempo de Vegecio la legion constaba aun de diez cohortes; pero después de Adriano solo tuvo cinco, y la caballería cesó de pertenecer á la legion en general. La primera cohorte se llamaba *milliaria*, y estaba compuesta de cinco centurias de doscientos veinte hombres, y de una turma de ciento treinta y dos coraceros á caballo: las otras cohortes tenían cinco centurias de ciento y once hombres, y una turma de sesenta y seis caballos. Las armas se cambiaron también: se aumentó el uso de las flechas y del venablo; el pila no se usaba ya en el reinado de Valentiniano II, y la mitad del ejército se componía de saeteros y honderos.

Entonces las antiguas armaduras parecieron demasiado pesadas, demasiado fatigoso el preparar los campamentos cada noche, de manera que se presentaban inermes á los Bárbaros, dice Vegecio « mas bien como brutos que como hombres. » Los grados se adquirían por medio de la intriga, no por el mérito contraído; el soldado no miró como glorioso su puesto desde que vió que se le concedía á los Bárbaros; no se obtenían empleos civiles sirviendo en la guerra, sino adulando, y los veteranos no contemplaban ya su estado sino como un oficio sin esperanzas. La división de las tropas en *palatinas* y *fronterizas*, produjo corrupción para los unos y desaliento para los otros: las primeras estaban destinadas á los ocios de la ciudad, disfrutando mayor sueldo; las segundas á las graves fatigas del campamento, y no se sentían animadas á rechazar al enemigo cuando pensaban que sus compañeros vivían en el regalo y la holganza.

Una de los mayores señales de decadencia fué introducir en las legiones tantas máquinas que causaron perjuicio á la movilidad, condición esencial, é hicieron al soldado accesible al miedo, pues que ya no contaba solo consigo. Las máquinas en los tiempos republicanos estaban limitadas á los ataques de las ciudades ó de los atrincheramientos, ó de algun puesto ó

puente, como nuestra artillería de posición. Las balistas, de que Tácito es el primero que habla, quizá fueron introducidas solo cuando las legiones se convirtieron en permanentes. « La legion (dice Vegecio) lleva consigo balistas montadas en carretas de que tiran mulos, y cada una está servida por once soldados de la centuria á que pertenece. No se emplean únicamente para la defensa del campamento, sino que además se las coloca en los campos de batalla detrás de la tropa pesada. « Además, cada cohorte tenía una catapulta con que se lanzaban piedras y dardos. Las máquinas que disparaban horizontalmente, se ponían en los flancos y en los intervalos de la primera línea; las otras se situaban detrás, desde donde arrojaban sus proyectiles parabólicamente.

En sus mejores tiempos los Romanos construyeron muy pocas fortalezas; pero en la decadencia prodigaron los muros y las torres por todas partes, y no pensando ya en el ataque, sino en la defensa, á menudo la legion siguió el modelo de la falange, especialmente para resistir á la caballería.

§ 32. FUERZAS MILITARES EN TIEMPO DE LOS EMPERADORES.

Augusto conservó tan solo de las cuarenta y cuatro legiones de los triunviros veinticinco, que con las milicias auxiliares suministradas por los reyes y pueblos aliados, ó alistadas entre las provinciales, ó asaliaradas entre los Bárbaros, y agregadas como *ayuda* á las legiones, fueron distribuidas por él en las provincias. Así destinó tres legiones á España, cuatro á la Germania Superior, otras tantas á la Inferior, dos á la Dalmacia, tres á la Polonia, dos á la Mesia, cuatro á la Siria, dos al Egipto, y una al África. Aunque esta distribución varió en los tiempos sucesivos, la parte principal de las milicias residió siempre en los confines de las naciones más belicosas, esto es, á orillas del Rin, del Istro y del Eufrates. Estos ejércitos y tres grandes escuadras, dos en los puertos de Rávena y de Miseno, y una en las Galias en el Foro de Julio, con algunas otras menores en distintos puertos y en los ríos confinantes, velaban en defensa del Imperio. Para mantener la tranquilidad en Roma, se destinaron tres, y luego cuatro cohortes urbanas de mil hombres cada una, y siete cohortes de *vigilantes*; y para servir de freno á la Italia y dar seguridad al príncipe, se creó la guardia de los *pretorianos*. Esta contaba en su origen diez mil soldados escogidos; después Vitelio la hizo subir á diez y seis mil, y Septimio Severo hasta más de sesenta mil; pero los siguientes emperadores que constituyeron una nueva guardia llamada de los *domésticos*, disminuyeron el número y el crédito de los pretorianos, y Constantino los disolvió y derribó su campamento.

Á la manera que variaron el número y la